

bien que este tránsito se hace por gradaciones distintas segun sea la naturaleza del mal que nos entristece. La esposa que acaba de perder á su esposo, el amante que se ve para siempre separado de su querida, la madre á quien arrebataron su hijo único, experimentan en el primer momento una especie de atolondramiento ó confusión, efecto de la multitud de ideas que se van acumulando en su imaginacion, las cuales llegan á embotar digámoslo así, la misma sensibilidad, sin embargo de lo vivo de la pena que les aflige, ó quizá tal vez por efecto de la misma intensidad de la pena.

Menos confuso su espíritu en el segundo grado, se abandona, ó se ve dominado por una especie de furor frenético, hasta que fatigada la naturaleza por los transportes de esta pasión, y convencido el paciente de la nulidad de sus deseos é inutilidad de sus esfuerzos, cae en el abatimiento y en la melancolía.

Cuando esta es muy profunda, se entrega á ideas sombrías, mira con indiferencia todo lo que le rodea, no cuida de las acciones ni de las palabras de otro, y no hay objeto alguno que le pueda obligar á levantar su vista fija en la tierra.

El principio de la inmovilidad é insensibilidad, que se manifiesta cuando la melancolía llega al sumo grado, se anuncia ya desde el principio con una cierta frialdad. Todo se abate en el hombre triste. La cabeza débil cae del lado del corazón; todas las junturas de la espina dorsal, del cuello, de los brazos, de los dedos,

de las rodillas, estan como relajadas. Cesa la agitacion, lo mismo que los suspiros y las lágrimas. Las manos unas veces enlazadas, y otras abandonadas al movimiento de los brazos, caen sin fuerza. Las mejillas estan sin color, la voz apagada y los ojos dirigidos unas veces al cielo, como implorando su proteccion, otras hácia el objeto que causa la tristeza, ó si está ausente, hácia el paraje por donde desaparecieron aquellos caros objetos ó bien á la tierra, hácia la que inclina todo el cuerpo, como lo notó Horacio.

El movimiento de todos los músculos es lento, sin fuerza y sin vida; el paso es tan embarazoso, como que parece trae grillos el melancólico. Todas las espresiones de los demás sentimientos, principalmente los simpáticos pierden su viveza; cesa el deseo de agradar, con el desprecio con que se miran los objetos inmediatos, y por la misma razon no cuida del vestido, ni de otras cosas interesantes. Y si á esto se añade la palidez de las mejillas, la cabeza sostenida á la altura de la frente, los ojos abiertos en esta actitud por los dedos, el amor á la soledad, la boca abierta, la respiracion lenta y entrecortada de tiempo en tiempo, con profundos suspiros, se podrá formar una imágen exacta de la melancolía y representarse con exactitud (30)

En el juego, lo mismo que en el estudio, es bastante comun sorprenderles en esta actitud inmóviles; diríase que es uno de aquellos mármoles con el cual el cincel del escultor personificó el reposo.

Por el contrario, mirad á esos sorprendentes sordomudos, cuyos dedos parlantes han llegado á traducir el pensamiento con tanta exactitud como rapidez ¡qué vivacidad á la vez, y cuánta atencion en el mirar! ¡cuánta movilidad en las facciones y sobre todo en la boca! ¡qué petulancia en sus juegos y hasta en sus mínimos movimientos! parece que la agitacion sea su estado habitual.

Susceptibles los ciegos de sentimientos religiosos, de rubor y de humanidad, son además profundamente agradecidos; pero es preciso que tenga presente el actor al remedarlos, que sus emociones son mudas, y que solo se pintan con una leve rubicundez, apenas perceptible en su fisonomía severa y casi inalterable.

La gratitud mucho mas viva, pero mas fugaz de los sordomudos, se ostenta instantáneamente en su rostro expresivo. En ellos sobre todo se realiza aquello de que *el rostro es el espejo del alma.*

Los ciegos, lo mismo que los sordomudos suelen mostrar mucha desconfianza, una voluntad tenaz, un gran fondo de orgullo, y por consiguiente una susceptibilidad muy irritable; pero estos últimos movimientos pasan velozmente en el ciego, cuyo corazon conoce poco el odio y la venganza; al paso que se ha observado que el sordomudo ofendido, suele guardar el rencor por mucho tiempo, aun despues de haberse desahogado con su enemigo.

Son en general los ciegos mas calmosos, mas amigos

de la rectitud y de la equidad, al paso que no siempre se observa lo mismo en los sordomudos: parece, dice el autor citado, que los unos viven mas por la inteligencia, y los otros por el sentimiento.

Los ciegos estan dotados de buena memoria, de amor al órden y de una atencion suma, calidades que contribuyen mucho á la superioridad de su juicio, y que les hace muy superiores en esta parte no solo á los sordomudos, sino aun á muchos de los que tienen vista.

Hé aquí cómo se esplica un célebre sordomudo citado por Descuret, parangonando los infelices de su estado con los ciegos. «En vano revolotea en torno de los labios del ciego la sonrisa, en vano brilla el encarnado de sus megillas; el sentimiento va á sepultarse en el silencio de aquella fisonomía. Todo presenta en él la triste imágen de la tumba; su existencia se halla envuelta en eternas tinieblas; ni un rayo de luz puede atravesar aquellos párpados embotados. Es una víctima infeliz á quien la muerte acompaña en medio de los vivientes, y aun en medio de los mas intensos resplandores.

»El sordomudo al contrario, disfruta como todos los hombres del brillo de los cielos, de los matices de las flores, de las nuevas riquezas de la campiña, y de lo que constituye en fin el embeleso de la naturaleza y de la vida. En él se ve el pensamiento como en un cristal transparente; su fisonomía no es solo parlante, sino que lleva además estampado el sello de la dignidad humana. Su actitud es la de la independencia; sus ojos son el

sentimiento en toda su delicadeza, en toda su energía, y hasta con mayor vivacidad que en el hombre que habla: es en fin, el alma descubierta, desnuda, porque nosotros ignoramos el arte de disimular y disfrazar; en vano procuramos instruirnos porque la naturaleza primitiva se mantiene mas tenaz en nosotros que en los que hablan. ¿Qué vista tendrá nunca bastante penetracion para descubrir en nosotros al primer aspecto, la enfermedad que padecemos? etc.»

Locura.

Para que el actor pueda desempeñar con verdad los papeles en los cuales se supone que el personaje que representa ha sufrido un principio ó total enagenacion mental, es menester que tenga en consideracion y medite antes de ejecutarlos, las filosóficas observaciones que hacen varios autores, y en especial el de la Medicina de las pasiones.

El exámen práctico y filosófico de las actitudes y maneras particulares de algunos de los infelices atacados de la locura, es indispensable que le haga tambien el actor que desee desempeñar con exactitud y naturalidad los arrebatos de estos desgraciados.

Una prueba de la analogía que hay entre las pasiones y la locura, dice el autor citado, es que si las pasiones llegan á producir un desarreglo completo y permanente de la razon, este desarreglo conserva de tal suerte el sello de su origen, como que parece no ser

mas que una continuacion del acceso de la pasion primitiva.

Así es que el actor ha de tener presente que la locura producida por el miedo y el temor, va acompañada del terror pánico continuo, y que cuando la cólera pasa al estado de enagenacion mental persistente, presenta generalmente hablando el carácter de la manía con furor. De ahí es que vemos como la ambicion puebla los establecimientos destinados á los locos, de creidos millonarios, de ministros, de príncipes, de reyes, de emperadores; al paso que el orgullo y la vanidad producen locos filósofos, locos poetas ú oradores que se imaginan cautivar los entendimientos y ser los únicos que tienen razon entre todos los hombres.

Borrachera.

La *embriaguez*, dice Plutarco, habita [en compañía de la locura y del furor. Séneca llama locura voluntaria á la borrachera.

Dicese vulgarmente de un bebedor que está alegre, chispado, alumbrado, embriagado, emborrachado, borracho como una sopa; etc. segun la embriaguez se halla en un grado mas ó menos adelantado.

El borracho se presenta rudo y torpe; su modo de andar pesado y embarazoso; en su rostro quemado y cobrizo aparecen algunas vegetaciones; su nariz, sobre todo está encarnada y granugienta; sus ojos lánguidos y marchitos, sus labios entumecidos, colgantes y agitados por un temblor continuo. La piel ha perdido su color, se ha vuelto de un amarillo particular, está floja y cubierta de arrugas prematuras.

Los movimientos del borracho son inciertos y vacilantes á causa del temblor que le coge, particularmen-

te por las mañanas y por la noche. En él la memoria se halla en parte destruida, el juicio abolido; las percepciones obscuras y confusas no le permiten recoger sus ideas. La cabeza vergonzosamente inclinada hácia el suelo, parece denotar la abyección y el embrutecimiento del borracho. Indiferente á todo lo que no es bebida, come poco, descuida el aseo en el vestir, ó bien se cubre de sucios y asquerosos harapos.

«En un festin se nota, dice Descuret, que los primeros vasos hacen renacer un suave calor, la cara se desarruga, las facciones se animan, la alegría, los chistes provocan la conversacion; los convidados se hallan en una escitacion ligera y deliciosa. Mas adelante cuando nuevas libaciones han sucedido á las primeras, á medida que se apuran las copas, la imaginacion se vuelve mas viva, mas petulante.

«Entonces los brindis, las bombas, las canciones, las ideas ingeniosas, las ocurrencias saladas se suceden con rapidez. El amante medroso halla en sí bastante osadía para aventurar palabras amorosas, y la mujer púdica las escucha con menos enojo, la amistad parece pronta á arraigarse en las personas desconocidas juntadas en un salon por la mano del placer: los comensales se vuelven confiados, comunicativos; en todas partes resuena la verdad pura y neta, y hasta el hombre circuspecto deja escapar su secreto. Pronto erece la sensibilidad; se ofrecen fácilmente sacrificios, y se alarga el bolsillo al necesitado.

«En aquellos momentos el camino de la vida no parece ya con sus zarzas y espinas; es un prado esmaltado de bellisimas flores: nadie ve, nadie sueña mas que felicidades, y entonces es cuando el bebedor se dice: ¡yo soy el rey de la tierra!

«Pero á medida que se apuran mas copas, éntrales á los convidados mas ardiente sed; los vasos chocan entre sí con mas ruido; el vino no es degustado, sino deglutido, sin que los catadores hayan siquiera distinguido su sabor.

«Poco á poco se embotan los sentidos, la cabeza se vuelve pesada, el rostro encendido; los ojos marchitos y sin espresion, se mantienen medio cerrados; la lengua se vuelve torpe; los movimientos de los labios son dificiles; se quiere hablar y se balbucea; todo el mundo toma la palabra á la vez; las voces se confunden mezcladas con el ruido de los vasos; se grita, se aulla para conseguir que á uno le escuchen; se traban querellas, y no pocas veces coronan la orgía sangrientas pendencias.

«Al propio tiempo ha desaparecido toda circunspeccion: tal era decente que se muestra ya descarado y libertino; el pusilánime se vuelve insolente y el hombre pacífico entra en accesos de furor; se quiere coger con la mano lo que está á veinte pasos de distancia; el vaso que se lleva á la boca desliza de las manos y se rompe; el hombre quiere levantarse, y las piernas le flaquean, vacila y cae rodando debajo de la mesa: un

sueño aplomado, una torpeza general se apodera entonces del hombre borracho en el último grado.

«Se ha dicho que en los países cálidos la embriaguez hace caer al hombre en frenesí, y que en los países fríos le vuelve estúpido; pero en esto influye también la constitución del individuo, la cantidad de bebida y la naturaleza de esta.»

Estas observaciones y el orden gradual que sigue la borrachera desde el primero y mas sencillo síntoma, hasta el grado mas exaltado de esta pasión, vicio ó enfermedad, pueden ser de mucha utilidad al actor para representarla con inteligencia cuando convenga.

Pereza.

Derívase la palabra *pereza* de otra griega que significa flojedad, debilidad. La pereza es una habitual inclinación á permanecer en inacción, y una complacencia en permanecer en ella.

La actividad y la diligencia, dice un célebre escritor, hacen mayores adquisiciones y de mas larga duración que el valor; al paso que la pereza ha destruido mas naciones que la espada.

«De todos nuestros defectos, dice La-Roche-foucauld, la pereza es el que estamos mas dispuestos á reconocer; nos figuramos que no es un óbice para tener todas las demás virtudes agradables, y que sin destruirlas enteramente, se limita á suspender sus funciones.»

Todo se mueve, todo se agita en el mundo; todos los cuerpos celestes y terrestres estan ocupados en sus funciones respectivas; solo el perezoso es el que no cumple con esta ley constante de la naturaleza.

El perezoso se conoce por su aspecto triste, su mirar pesado, su andar dejado, y por la lentitud habitual de todos sus movimientos, por pequeños que sean: el perezoso suda para estar en reposo. El solo instante del día en que se puede sorprender en él alguna agilidad, es en el momento de acostarse; entonces verdaderamente se da prisa, en un abrir y cerrar de ojos se desnuda, se tumba y se queda dormido.

Por otra parte, su sueño es largo y profundo; se despierta lenta y difícilmente; pasa mucho tiempo en el tocador, y sin embargo le tiene desordenado y casi siempre algo puerco. Es un ser enervado de cuerpo y de espíritu; un hombre nulo, ó á lo mas mediano. La obesidad suele ser su distintivo.

Nadie es menos sensible al placer que el perezoso.

Riqueza. Pobreza.

Entre las varias situaciones en que puede encontrarse el hombre en la sociedad, y que influyen extraordinariamente en su carácter, el estado de *riqueza* y de *pobreza* son seguramente de los mas marcados, y el actor por consiguiente debe conocer los efectos de cada una de estas situaciones, para sacar todo el partido posible en la representacion de los papeles en que puedan tener influencia.

Las riquezas, como dice un autor distinguido, son el capital sobre el cual se funda la felicidad de esta vida y por ellas descolla el hombre sobre el comun de los demas hombres, los cuales deben considerarse divididos en tres diferentes grados.

Unos que buscan los placeres y la tranquilidad de la vida y no tienen mas objeto que comer, beber y satisfacer sus pasiones.

Otros que quieren elevarse sobre los demás, y son

los que aspiran á cargos y dignidades, y cada una de estas dos clases tienen indispensablemente necesidad de riquezas para la consecucion de sus respectivos objetos.

A la tercera clase pertenecen los que se ocupan de contraer méritos para el otro mundo, y estos tienen tambien necesidad de riquezas hasta cierto punto, para hacer buenas obras con ellas.

He aquí como La Bruyere describe al rico. «Giton tiene la tez fresca, es carilleno y le cuelgan las mejillas; tiene un mirar fijo y seguro, las espaldas anchas, la region estomacal elevada, el andar firme y deliberado, habla con confianza, hace repetir las cosas al que le dirige la palabra, y queda generalmente muy poco satisfecho de lo que se le dice, despliega un ancho pañuelo y se suena con estrépito, escupe muy lejos, y estornuda muy recio, duerme de dia, y duerme de noche, y siempre con sueño profundo, en las tertulias ronca.

«En la mesa y en el paseo siempre ocupa mas espacio que otro; cuando pasea con otros siempre ocupa el puesto del medio; cuando él se para páranse sus compañeros; echa á andar y todos andan, todos se arreglan á su compas; interrumpe, corrige á los que llevan la palabra; pero á él no se le interrumpe, y se le escucha tanto como quiere hablar; su dictámen es siempre el mas atendido, las noticias que él cuenta siempre son creidas.

»Si se sienta le vereis hundirse en la poltrona, cruzar las piernas, fruncir las cejas, calarse el sombrero

hasta los ojos, ó quitárselo en seguida y descubrir la frente por orgullo y audacia.

«Está de buen humor, rie mucho, es impaciente, presumido, colérico, libertino, político, misterioso en órden á los asuntos del dia, créese con talento y agudeza. «Es rico.»

Descuret dice que La Bruyere olvidó mencionar otro defecto ó vicio propio del rico en general, á saber, el egoismo de la opulencia, la frialdad con los desgraciados. Con efecto, harto á menudo se ve que la fortuna y el rango matan el corazon: y no es que en tal gerarquía la sensibilidad se estinga, sino que ordinariamente abandona las entrañas, y no se le encuentra mas que en los labios.

Bossuet dice que la posesion de las riquezas aumenta el deseo de atesorar mas: y añade que la pérdida de ellas es mas sensible á los ricos que á los pobres, y el deseo de poseer es mayor en los primeros que en los segundos.

He aquí como La-Bruyere en sus caracteres describe al pobre.

»Fedon tiene los ojos escavados, la tez morena, el cuerpo seco y el rostro flaco, duerme poco, y con sueño muy lijero; está distraido, tiene ensueños, y no obstante su talento, ofrece el aspecto de un estúpido; se olvida de decir lo que sabe, ó de hablar de sucesos que conoce, y si lo hace lo echa á perder, cree hacerse pesado á aquellos á quienes habla; sus narraciones son cortas y frias; no se hace escuchar, nunca hace reir.

»Aplaude y se sonríe al escuchar lo que dicen los otros, y siempre es del dictamen de estos; corre, vuela para prestarles cualquier servicio; es complaciente, lisonjero, oficioso; es misterioso acerca sus negocios, y á veces miente; es supersticioso, escrupuloso, tímido.

»Camina blanda y lijeramente; parece que teme pisar la tierra; tiene siempre los ojos bajos y no se atreve á mirar á los que pasan, nunca es del número de los que forman círculo para conversar; se pone detrás del que habla, recoge furtivamente lo que se dice, y si le miran, se escurre.

»No ocupa lugar, nunca tiene puesto, va con las espaldas encogidas, y con el sombrero hundido para no ser visto; se repliega y empaqueta en la capa; no hay calle ni galería por embarazada y llena de gente que esté en la cual no encuentre él medio de pasar y escabullirse sin ser sentido.

»Si le dicen que se siente, apenas toca el borde de la silla; habla bajo en la conversacion y articula mal; está libre en punto á negocios; mal humorado contra el siglo, y medianamente prevenido contra los ministros y el ministerio, no abre la boca sino para responder; tose y se suena dentro del sombrero; casi escupe encima de sí mismo; y espera á estar solo para estornudar, sin que casi nadie le sienta; á nadie cuesta saludos ni cumplimientos. «Es pobre.»

»Dice un profundo moralista, que un pobre vergonzoso de su pobreza, seria muy orgulloso si llegase á ser rico.

Juego.

Considerado el vicio del juego como una pasion y una pasion terrible y funesta, bueno es que el actor conozca los rasgos característicos de los jugadores, para tenerlos presentes al haber de representarlos en la escena.

El juego hace perder todas las buenas cualidades que constituyen la moralidad y la sociabilidad; el príncipe olvida en el juego su dignidad, y la mujer su pudor.

Ví, dice un célebre escritor, una especie de hombres que me parecieron del todo diferentes de los demás hombres. Algunas veces en pié, muy á menudo sentados en derredor de una mesa pasaban en esta situacion la mayor parte de la noche. El rayo y el trueno podian cruzarse y retumbar sobre sus cabezas; dos ejércitos hubieran podido combatir á su lado; ni aun el mismo cielo que hubiese amenazado desplomarse, habria podido distraerles; por que los jugadores son sordos y mudos.